

SERMON

→ DE ←

Atra. Señora de Guadalupe,

PREDICADO

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1903,

en la Capilla de la Hacienda

de la Sardina,

Por el Presbítero *Ildefonso Portillo,*

Cura y Vicario Foráneo

de Guanajuato.



BT660

.G8

P67

c.1

GUANAJUATO.

"Imprenta Económica" de Manuel T. Mendoza.

Cantarranas num. 15.

1903

na
sitaria

421



ALVAV

BT660

.G8

P67

c.1

31



1080026851

SERMON

↔ DE ↔

Atra. Señora de Guadalupe,

PREDICADO

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1903,
en la Capilla de la Hacienda
de la Sardina,

Por el Presbítero **Ildefonso Portillo,**

Cura y Vicario Foráneo
de Guanajuato.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE LEON
Biblioteca Cervante y Tellez

GUANAJUATO.

"Imprenta Económica" de Manuel T. Mendoza.

Cantarranas núm. 13.

1903



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

421

BT660
G8
P67

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Non fecit taliter omni nationi.

No ha hecho igual cosa con las demás naciones.

Salmo 147, v. 20.

VEN, México venturosa! con toda la ostentación de tu grandeza, para protestar tu reconocimiento por los favores que debes á María. Ven á darla cultos venerándola en la prodigiosa Imágen Guadalupana que te dejó por prenda de su cariño, cuando se dignó venir á visitarte. Ven á recordarla aquella generosa promesa que siempre desempeñó tan noblemente. Ven á reconvenirla con aquella piadosa credulidad que te hizo acreedora de sus beneficios, y que hasta el presente jamás ha desmentido. Ven y ten por cierto que atenderá los rendimientos de tu fé, que escuchará tus amorosos recuerdos, que se agradará de tus devotos cultos, que admitirá tus protestas reverentes, que enjugará las lágrimas de tus ojos y derramará el bálsamo del consuelo en tu corazón lacerado por el dolor, siempre que acredites tu noble gratitud para con Ella. Y como no? si María de Guadalupe es nuestra Madre, que nos asiste piadosa en nuestras necesidades. ¿Qué madre, dice Dios por su Profeta, puede olvidar á sus hijos? ¿Qué hijo deja de gozar la clemencia y el amparo de su madre? Cuando se hallase alguna madre tan dura y cruel que desamparare á sus hijos, jamás esta dureza pudiera tener lugar en aquel corazón dulcísimo, que es todo piedad y clemencia; en aquellas en-

005018

trañas que formadas al modelo de las de su sagrado Hijo, son verdaderamente entrañas de misericordia. Este amparo y protección de nuestra dulcísima Madre, celebra hoy reconocida la Iglesia Mexicana y por eso canta llena de entusiasmo: "No ha hecho igual cosa con las demás naciones." *Non fecit taliter omni nationi.*

En la Imágen Guadalupana está simbolizando María su protección para con los mexicanos: este es el asunto que yo he de ponderar en mi discurso. Ninguno más grato ni más dulce á vuestro afecto. Estoy seguro que no me será difícil persuadir lo que teneis altamente gravado en vuestros pechos, habiéndolo mamado con la leche de vuestras madres.

Imploramos, pues, con devoción el patrocinio de nuestra Madre, saludándola con el Angel:—Ave María.

Non fecit taliter omni nationi.

No ha hecho igual cosa con las demás naciones.

Salmo. 147, v. 20.

Época tristísima, tiempos calamitosos y siglos fatales son los que precedieron á la conquista del Anahuac. ¿Diré que durante aquella época no dominaba otro sentimiento que el de la tristeza y aflicción? ¿Que en todos aquellos siglos funestos no amaneció para los mexicanos un día verdaderamente sereno y bonancible? ¿Qué en aquellos años tempestuosos no se oyeron en esta tierra sino suspiros y lamentos? Los ayes lastimeros y gritos desgarradores de aquellas 50,000 víctimas sacrificadas anualmente en el *techeatl* por el *topiltzin* que, rompiendo prontamente el pecho,

con un cuchillo de pedernal, arrancaba el corazón y, levantándolo en alto, lo ofrecía al sol. Todo esto extendía el luto en estas comarcas, dando muestras de profundo sentimiento. La Virgen santísima, con amor de madre, siente en su corazón el eco de estas aflicciones y acompaña con afectuosa compasión estos lamentos, llantos y sollozos. Se levanta de su níveo trono y herido su corazón por aquella caridad divina, le manifiesta á su Hijo estas necesidades para que las remedie. Y su Divino Hijo determina visitar esta mitad del mundo, haciendo sentir los frutos de su redención extendiendo la luz evangélica á los que moraban de asiento sobre las ruinas del pecado y entre las sombras de la muerte.

Llegó por fin aquel venturoso momento que el Padre tenía preordinado en su potestad y echó mano de la Nación Española, para que, domando el Oceano, monstruo feroz y espantoso á todos los siglos, llevasen la fé del Redentor al otro lado de los mares; y los americanos, gente salvaje, ciega, bárbara y entregada á la tiranía de Satanás, que se extendía por campos inmensurables y que no eran contados por pueblo humano y sociable, y menos por pueblo de Dios, fuese en adelante su porción escogida. Oh! y qué admirable ha sido la Providencia de Dios en todos sus caminos y pasos; qué inapeables son los juicios de su infinita caridad, y cuán maravillosa es la economía de su gracia en la traza y concatenación de los misterios con que obraba nuestra salud en medio de la tierra. Sabemos que Jesucristo, el segundo Adán celestial, se ligó tan estrechamente en todo y para todo con la segunda Eva María su Madre, que no quizo hacer el primer milagro en los bodas de Caná, ni presentar con él al mundo las cre-

denciales de Mesías, sino á presencia suya y movido de sus ruegos. María ha cooperado á la empresa de la conversión y santificación del Universo, esto lo reconocen los Santos Padres, cuando la llaman en alta voz la Corredentora del género humano, y San Cirilo de Alejandría, apoyando este alto epíteto llega á saludarla de esta suerte: "Por tí, ¡oh Señora! han anunciado los profetas y predicado los apóstoles la salud á los gentiles; por tí los idólatras han conocido al verdadero Dios, y los catecúmenos han recibido el bautismo; por tí se han levantado los primeros templos en donde es adorado y santificado el nombre de Jesucristo, y por tí se vé levantada su cruz en todo el orbe de la tierra." Y esto es precisamente lo que ha pasado en este suelo dichoso, si el Hijo arrojó de la posesión de este mundo al príncipe de las tinieblas, su Madre quebrantó la cabeza á la serpiente antigua. Pero no paran aquí los favores de María. Once años hacía, que los infelices indios soportaban el yugo pesado de los conquistadores, porque éstos, olvidados de los preceptos evangélicos, ávidos de riquezas y poseídos de un espíritu feroz, desoyendo los gritos de la conciencia y las voces de los desprendidos misioneros, ejercitaban con los indios las más inauditas crueldades, hasta llegar á lanzar en el aire los cuerpos de los inocentes niños, y aparándolos en las lanzas derramaban sobre la tierra las infantiles entrañas, y para cometer estas maldades con impunidad, llegaron á asegurar que los indios no eran racionales.

Todo esto conmueve el corazón de Nuestra Madre: preséntase de nuevo ante el trono de su Hijo, diciéndole: "Descenderé para ver de donde salen estos clamores." Voy á libertar á estos infelices cautivos; voy á socorrerlos en estas aflictivas necesidades; á ennoblecerlos y á manifestar

á los ojos de todo el mundo que son los hijos amados de mi corazón. Y María abandona su esplendente trono, hiede los aires, embalsamándolos con el suave perfume de sus virtudes, y aparece rodeada de un magnífico arco iris, porque venía á anunciar la serenidad en tan tempestuoso diluvio.

Y México, asombrada de tanta dignación, pregunta: ¿Quién es Esta, que aparece en nuestra tierra como temprana aurora, bella como la luna, escogida como el sol?

Ella es la incombustible zarza, trono del Señor. El vellocino rociado con el rocío del cielo. La escala por donde suben y bajan los ángeles de Dios. La vara de Aarón, florida sin humano concurso. Ella es el propiciatorio, el arca, la urna del maná. Ella es la puerta oriental por donde Dios entró en el mundo, y por donde los hombres han de entrar en el cielo. Ella es el templo de Dios, el tálamo de su Hijo, el sagrario del Espíritu Santo, el domicilio de la Trinidad. Ella es la Reina suprema del cielo y de la tierra, que viene á honrar nuestro suelo, á ennoblecer nuestro pueblo, á dejar oír en nuestros campos su voz dulcísima y melodiosa, semejante á la de la flauta en el desierto, dando á los mexicanos, en la persona de Juan Diego, el tiernísimo nombre de hijos. Ella ordena que se le edifique en aquel sitio del Tepeyac un templo, en donde escuchará piadosa las súplicas de los que la invocaren, y en donde se mostrará Madre tierna y cariñosa para todos los de esta nación, y para prueba de su mandato, hace que germinen rosas hermosísimas en los cerros más ásperos é infructíferos, y nos deja su Imágen Guadalupana, como prenda segura de su patrocinio. Contempladla si nó, pintada sobre una tela de palma: la palma es la materia más á propósito para significar su protección, y es símbolo de la victoria.

Los emperadores Tito y Vespaciano, después de la toma de Jerusalem, pusieron en sus medallas una mujer sentada junto á una palma, como protegiéndola, y nosotros tenemos en esa peregrina Imágen, una hermosa palmera que extiende sus frondosas ramas para protegernos y ampararnos.

La Imágen representa una doncellita como de quince años, de tez morena, porque viniendo á nuestro suelo fué tostada por los rayos del sol; además como vino á ennoblecen nuestra raza quizo tomar el continente, no del conquistador sino del infeliz esclavo. Su rostro es amabilísimo, dice el insigne pintor Cabrera, de suerte que arrebatara los corazones á cuantos logran verla. La frente proporcionada, el pelo negro y liso, dividido en dos partes, sobre la cabeza, en aquel modo sencillo que usaban las indias nobles. Las cejas son delgadas y delicadamente arqueadas; los ojos bajos y modestos, tan apacibles y amables que es inexplicable el regocijo que causa el verlos; la nariz aguileña pero bella: la boca es una maravilla: tiene los lábios muy delgados y le dan tal gracia que aparece como que sonríe y embelesa. La barba corresponde con igualdad á tanta belleza y hermosura. Todo su rostro manifiesta, al pueblo mexicano, su maternal amor. Aparece en pie, con las manos juntas al pecho, en actitud de suplicar á su Divino Hijo, en favor de su pueblo escogido. Y qué cosa le podrá negar? Si Jesucristo en el cielo le muestra á su Eterno Padre, en las llagas abiertas, la sangre que derramó por nosotros; la Virgen Santísima manifiesta al Hijo, el tálamo que le trajo y en que fué concebido, los pechos que le dieron leche, los brazos que le sirvieron de trono, el afecto, el cuidado, los incesantes desvelos y trabajos con que le sirvió y guardó. Siempre le recuerda tácitamente que El mismo desde la

cruz le encomendó á San Juan, y en él á toda la Iglesia, que desde entonces, con testamento irrevocable, la constituyó Madre de todos los fieles. Estos son los hijos que Vos me disteis, Vos los encomendásteis á mi amparo; yo los encomiendo á vuestra clemencia. La Madre Guadalupana dice á su Hijo Santísimo lo que dijo el Hijo á su Eterno Padre: "Guardad, Señor, en vuestro nombre á los que me habeis encomendado."

Seguid contemplando su Imágen, aparece circuida del sol, para enseñarnos que vino á nuestro suelo, emitiendo sus refulgentes rayos para iluminar las tinieblas de nuestras inteligencias y mostrarnos con su luz los senderos de la eternidad feliz. Aparece revestida del sol, para manifestarnos que debemos revestirnos del Sol divino de justicia. Pisa con su planta la luna, porque en ella están significados los bienes perecederos de este mundo, y enseñarnos con esto que debemos levantar nuestros ojos de la tierra, pasar todos los espacios visibles, penetrar los abismo de la eternidad é ingresar en aquella ciudad permanente, en donde existen riquezas y deleites que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre jamás experimentó. Esto es lo que nos enseña nuestra Reina y Señora en su Imágen Guadalupana. Verdaderamente Ella no ha hecho igual cosa con las demás naciones. Non fecit taliter omni nationi.

¡Salve, Lámpara luminosísima! que nos habeis dado la luz, engendrando en vuestro seno al Sol de Justicia. ¡Salve, Estrella refulgente! que emitís vuestros rayos para guiarnos al puerto de salud. ¡Salve, Arca de salvación! que fluctuando en este mar embravecido, acogeis en vuestro seno para librar de la muerte á este vuestro pueblo escogido. ¡Salve, Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza

nuestra! A Vos elevamos nuestros gritos lastimeros desde los oscuros, inciertos y peligrosos caminos de esta mortal peregrinacion, errantes y desterrados de nuestra patria, fatigados y desgraciados hijos de Eva. A Vos dirigimos nuestros hondos suspiros con semblante bañado en amargas lágrimas. ¡Oh Vírgen abogada y protectora nuestra! volved á nosotros esos vuestros ojos misericordiosos; acoged nuestros gemidos y suspiros y después de este trabajoso destierro, mostradnos á Jesús en el cielo, fruto bendito de vuestro vientre. Oh clemente! Oh piadosa! Oh dulce Vírgen María!



nuest
los os
peregr
tigado
tros

0050